

IRINA GARBATZKY

Campamento





CAMPAMENTO

Primera edición: junio de 2024

© Irina Garbatzky, 2024

© mini • Bulk editores, 2024

Girón de las Palmas 1295, Ñuñoa

Santiago de Chile

[bulkeditores@gmail.com](mailto:bulkeditores@gmail.com)

[www.bulkeditores.com](http://www.bulkeditores.com)

Imagen de tapa: Daniel García, «Un saludo a Noëlle», 2024

[@danielgarcia1958](https://www.instagram.com/danielgarcia1958)

Producido en Chile & Argentina • *Produced in Chile & Argentina*

ISBN 978-956-6162-14-8

Derechos reservados.



**bulk** editores

[ *la densidad aparente en el papel* ]

IRINA GARBATZKY

# Campamento





Viajábamos a Buenos Aires con Andrés y la Vicky, y yo no paraba de hablar. Les contaba de la cirugía y que tal vez tendría que tomar yodo y que tal vez estaría hipotiroidea. Y que tal vez tendría que aislarme, porque el yodo es radioactivo. Pero que entonces podía encontrarme con las personas que odiaba, ir a buscarlas y abrazarlas.

Y Andrés se rió mucho, con muchas ganas, de mi maldad. «Será mi superpoder», agregué. «Como Super Mario después de comer la flor de loto».

Le conté mi invento a Judith y también la hizo reír.

Más tarde, me avergoncé.

«¿Por qué te da vergüenza? La maldad genera empatía. Nadie te quiere porque seas buena».



Las inyecciones que me tengo que aplicar se llaman: «Thyrogen».

Tiranosaurio Thyrogen

Después de haberme operado pienso que con el yodo se me va a poner la sangre verde. Que voy a transformarme en la extraterrestre que comía ratones. Que en la pantalla del «barrido» voy a verme flúo.

Bea es mi analista. Tiene poco que ver con las psicólogas-psicoanalistas de Rosario, tan acartonadas y finas que dejan a la vista libros de Mishima.

El consultorio de Bea, en cambio, tiene un cantero repleto de potus salvajes. Sus raíces rompen las baldosas. La primera vez que me atendió, me abrió la puerta en ojotas.

«Pero el yodo es de color ámbar», me dijo Bea. «Cuando era chica, nos poníamos el yodo del mar en los brazos. El yodo y el bronceado son de un color parecido».



El cuerpo o la salud o el amor te dan  
*eso,*

algo que tal vez no sea de todos,  
pero que puede serlo de cualquiera.



Hablábamos mucho de la maldad, cuando éramos estudiantes, con María Julia.

Qué decíamos, no me acuerdo. Nos reíamos de las pocas buenas intenciones con las que contábamos. Una maldad más grande que la otra: era un juego imparables. María Julia abría la oreja. Por primera vez una amiga se reía de lo que yo decía.



¿Será por eso que me gustan las películas de terror? ¿Encontrar el gusto en la maldad? Mi mamá y mi tío me pasaban películas de terror cuando era chica. Disfrutaban que no distinguiera qué podía ser real. Mi madre me decía (¡como si tuviera algún valor, como si sirviera de algo, si ya me había dado cuenta, aunque fuera muy pequeña, de lo que podía producir una imagen!): «pero eso no es sangre, es salsa de tomate».



Voy a escribir un libro que se llame *Campamento* y voy a escribirlo durante el tiempo que dure mi aislamiento con yodo radioactivo, aunque ya empecé.

Ya empecé, ya empecé.

Ese Campamento será la casa de María.

María es mi amiga, mi profe de yoga y mi vecina. Su casa está a la vuelta de la mía. Cuando tenía el *shala* en el piso de abajo y yo iba a practicar a las siete de la mañana, no tenía ni que cruzar la calle. Me gusta salir en invierno cuando todavía no amaneció. Ahora mudó el estudio y tengo que caminar un par de cuadras.

Cuando le conté que tenía que aislarme, porque la radioactividad indica que no podés compartir ni un baño ni una cama (y yo vivo con Jimi y dos gatitos) me dijo:

«En marzo me voy de vacaciones. ¿Por qué no venís para acá?».

Me alivié instantáneamente. Me imaginé internada, solo que en ese patio, entre las enredaderas y las sandalias del centro de manzana. Como ese libro de título convocante: *Viaje alrededor de mi habitación*.

Alcanza con ordenar un cajón para sentir que estás de viaje.



Ya no soy joven, aunque siempre me gustó seguir con curiosidad las transformaciones del cuerpo. Después de la operación me quedó una raya en la garganta. La llevo con ostentación aristocrática.



No ser joven puede significar tenerse a una misma.

Sin embargo empatizo con la juventud porque suelo empatizar con la precariedad. Porque siempre, para aprender algo nuevo o para enseñarlo, necesito volver a *esa* precariedad. A ese momento en que todo sale mal. En el que todas las puertas están abiertas. El momento de zigzag. De la interrupción. De la inseguridad.

Como ese día en que mi amiga Giulia, en el patio de su casa, me dijo con iluminación: «Yo no soy de la revista *Hola*, soy de la revista *Chau*. Me compré todos los números de la revista *Chau*».



Ayer estaba feliz. Tenía tanta energía. Caminaba por el barrio con felicidad. Sentía, la siento aún, esa alegría por más o menos todo lo que tengo, todo lo que es mi vida para mí.

Me autoentrevistaba a mí misma: «Hace tiempo que no me sentía tan linda, tan enérgica, tan amada. Una charla con la revista *Holachau* o *Chauhola* o *Recomenzar*». Me vestí con una pollera que me regaló María Julia en Barcelona, una vez que viajé. Vivía en un departamento cuyo balcón también daba a un centro de manzana. Lleno de malvones. Trabajaba en una editorial y cuando volvía a casa se preparaba un mate y se sentaba en ese balcón.

Esta pollera tiene, entonces, más de quince años. Es naranja y roja y tiene flores y canutillos y algunas lentejuelas. Había una época en que yo usaba ropa de este estilo.

Me vestí con esa prenda de mi juventud y salí a buscar las inyecciones de Thyrogen.

Después volví —la medicación necesita frío—, y después salí otra vez. Fui a la dietética y compré legumbres y manzanilla, y charlé con las vendedoras mientras pensaba en mi *kit* para el Campamento, imaginándome beber el té como Katherine Mansfield y poniendo a brotar granos de trigo sarraceno.



Julieta dice que me voy de «retiro espiritual»: «¿Ya empezaste con tu retiro?».

María Julia dice: «Es tu *glampamento*».

Rafa me envió el *trailer* de una película de terror, porque, claro, le comenté que me encantan las películas de terror, haciéndome la no sé qué, pero ahora no me animo a verla. No me animaría a mirar una película de terror sola en mi Campamento. Eso me hace sentir cobarde. Se abre todo un asunto, porque me considero muy, pero muy muy miedosa. ¿Mi tío Dani miraría una película de terror si tuviera que vivir aislado? Mejor no le pregunto. A él le bastaría con repetir la frase para asustarme: «¿Vas a ver vos *sola* una película de

terror, aislada en una casa? Mirala, y después contame si pasa *algo*».

Toda mi imaginación se la debo a mi tío Dani, pero sobre todo le debo, porque nunca cumplí, haber escrito una novela de terror.



Esos sí que son recuerdos de infancia para *mí*.

Mi madre y mi tío jugando a ver quién asustaba primero a los demás. El patio de mi abuela y mi fascinación por sus plantas. Mi abuela sola, sentada en ese patio. O bien, con mis primas, mis otros tíos, comiendo budín, contando historias de Venado Tuerto. Historias de pueblo recordadas en Rosario con un poco de odio. El Cine Verdi, la natación, las barras antisemitas. La hermana de mi abuela que les pasaba novelas policiales, mi propio abuelo enseñándoles canciones de la Guerra Civil.



Le conté a mi tía que estoy escribiendo un libro y que la regla que me había impuesto era mencionar al menos una vez a las personas que me acompañaban hacia mi Campamento. «Bueno», me dijo, «si se puede pedir, haceme joven y flaca».



La juventud es la línea que une y divide comedia y tragedia.

Una vez soñé que mis amigos eran linyeras, que tenían un grupo de música y tocaban en la calle. A pesar de ser linyeras y de vivir en la calle tenían teclados y sintetizadores. Eran mis amigos de otra época. Mis amigos poetas que no hicieron carrera con la literatura.

En el sueño les dejaba todas mis cosas, mi campera, mi computadora, mi mochila, y me iba a pasear.



La línea trágica de la juventud la encontré ahora, este fin de semana previo al Campamento, en el que me puse a leer *La campana de cristal*.

Antes de caer, Esther, su protagonista, es joven. Todas las opciones de vida coexisten en su mente y ella las observa, cual yogui delirante. Se desintegra. Las atomiza. En un mismo momento («y entonces», dice, «y entonces») evalúa y descarta: estudiar con su madre taquigrafía, leer *Finnegan's Wake*, escribir una tesis, dejar la universidad y dedicarse a la alfarería, trabajar de moza en Alemania. «Vi los años de mi vida espaciados a lo largo de una carretera, en forma de postes de teléfono, unidos por cables. Conté uno, dos, tres... diecinueve postes, y luego los cables quedaban colgando en el espacio, y por mucho que lo intentara, no veía un solo poste más allá del decimonoveno».

Ser joven, para ella, es no saber cómo será el futuro aunque haya que seguir viviendo.



Me gusta escribir sin saber. Sin saber dónde publicar, ni quién lo va a leer, ni siquiera si alguien va a leer. Escribir no tiene nada que ver con los demás y tiene todo que ver.

Escribo para mis amigos. Escribo cartas.



Llegué al Campamento.

Tomé el yodo, que al final era incoloro, insípido e inodoro, en un vasito de plástico que estaba adentro de otro vasito de plomo. Y vine a la casa de María. En el folleto que me dieron, titulado «Dosis terapéutica para el carcinoma de tiroides», dice que tengo que comer caramelos ácidos, tomar mucho líquido, sobre todo durante los primeros cuatro días. Nadie me puede visitar. No puedo estar cerca de niños. Volví caminando, casi corriendo. Andrés dice que soy como los perritos de Chernóbil.

La casa de María es preciosa. Muy silenciosa. Ya es de noche, abrí la compu y me puse a escribir.

En el piso de abajo hay un cuadro enorme de Renzi. El cuadro es de Martín y habita transitoriamente la casa.

«Cualquier cosa, podés quedarte mirando el Renzi», me dijo Martín, cuando le conté que iba a aislarme acá.

Porrúa me manda fotos de Brasil. De su taller de *collages*. De una artista que conoció allá que hace *collages* con fotos antiguas y cruza motivos en torno a la esclavitud. Una muestra con objetos africanos, arqueológicos y también contemporáneos, sobre el color, la raza negra. Porrúa y Carlos, por estos días, viviendo en Laranjeiras. María, en El Chaltén. Todos viviendo en casas de amigos. Recibo una foto del sur, un cuadro romántico. Recibo una foto del mar, con la luna abriéndose.

En silencio voy pensando ideas para escribir, pero cuando me pongo a hacerlo se me van. Por ejemplo, la biblioteca de María está organizada por colores. Presencia fuerte de mujeres, una biblioteca feminista de larga data. Virginia Woolf, Emily Dickinson, Mirta Rosenberg, Jane Austen.

María es mi amiga, mi vecina y además, mi profesora de yoga. Pero si quisiera escribir sobre ella, decir «es profesora de yoga» o «tiene una biblioteca feminista» suena un poco superficial. En cambio, si describo su casa, María está en todos los rincones. ¿En las fotos? ¿En los cuadros? ¿En las especias al lado de la cocina? ¿En las plantas? ¿En las vasijas?

¿En el sofá estilo Chesterfield, tan gigante que para meterlo tuvimos que colgarlo con unas sogas por mi terraza, en el edificio lindante, y que por lo tanto sería muy difícil que pueda, eventualmente, volver a sacar?

Sí.



¿Alguna vez sentí este silencio y esta soledad?



La semana anterior al Campamento estuve en lo de Marcela. Habíamos salido de tomar examen. El verano extendido marcaba treinta y ocho, treinta y nueve grados. Era mediodía.

Me bajó la presión. «Venite a casa», me dijo, y me acostó en su pieza, con el aire acondicionado. Prendió el ventilador, apagó las luces y se fue a pasear a Arturo.

Boca arriba, miré las cortinas, los almohadones. La biblioteca mediana, cerca de la mesa de luz. *La campana de cristal*, de Silvia Plath. Cuando volvió, nos quedamos abajo del ventilador. Hablábamos de su tesis. De Rubén Darío y el don.

«Ahora me acordé de Adriana», me dijo de pronto. «De cuando nos quedábamos acostadas y nos poníamos a charlar».

Adriana, Molloy, Margo, Kanze, la curiosidad barroca, Darío, la comida, el humor, la vagancia y la pereza, la moda, Zanetti, la retórica inglesa, de nuevo la moda, de nuevo la comida, las historias de otra generación. Con el tiempo creo que llegué a entender, tal vez de una manera sutil pero integral, que la literatura latinoamericana podría componerse con cada uno de esos términos del universo de Marce.

Si fuera una imagen para dibujar, alcanzaría con unir los puntos de su galaxia.



Recién me acordé, gracias a una canción, de cuando nos conocimos con Juli, en un viaje que hicimos juntas a Río.

Yo me problematizaba por todo, Juli no se hacía problema por nada. A mí me asustaba estar sola, ella lo disfrutaba. En realidad, me acordé de su alegría, la tarde apenas llegó, después de haberla acompañado al supermercado. Se había comprado un pan que venía condimentado con zanahoria. Y tenía un libro nuevo para leer en la cama.



Mis amigas. Chicas que se las ingenian para seguir adelante con lo que hay. Personajes de comedia y nunca de terror, arman entornos íntimos en cuyo fondo —en sus decisiones, sus escenarios— habita la alegría y no la desgracia.



Mi paso del terror a las comedias románticas. El amor por un género que no heredé de nadie.



Mariana me recomendó *Gilmore Girls*: «La serie de mi vida». Julieta también: *Gilmore Girls*. Porrúa: *La maravillosa Mrs Maisel*.



De las que tengo en casa, mi preferida es el *Filodendro longifolio*. Tuve que buscar el nombre en internet, porque, aunque se trata de una planta bastante común, no es tan conocida como el potus o la sandalia. Es, de todas formas, parte de esa familia. La tenía en su consultorio una psicóloga a la que fui en una época. Al lado de la ventana, frente al diván, le entraba una luz suave. Nada de lo que hablé en ese diván me importaba. El análisis fue un fracaso, pero yo miraba la planta, que estaba al fondo del monoambiente. Sus tallos irregulares. La luz necesaria.

Dejé a esa psicóloga y me compré la planta. La curé de unas babosas. La curé de unas hormigas. Busqué su nombre y leí sobre ella. Me dio unas flores que eran como calas, de cuyo centro salía una vaina. La fotografié. Judith me pidió un gajo, porque no es fácil de encontrar y tiene una elegancia de los años sesenta.

(Se podría escribir un libro, un pequeño libro, que sea únicamente la historia de esa planta. Así como en esas sesiones de análisis lo único que contaba era lo que no conté —la fascinación por el *filodendro longifolio*—, podrían llenarse esas páginas con la sorpresa que me produjo escuchar el *crack crack* suavísimo que hacían al abrirse sus hojas).



«El fortín», me dijo Bea, «no es el lugar donde ir a transformar al otro. El fortín es esa invención que construiste con artesanía,

y que hace que no te hieran las flechas del otro».



*There is a place  
where I can go  
when I feel low  
when I feel blue.  
And it's my mind  
and there's no time,  
when I'm alone.*



A medida que me habitúo a esta otra forma, aislada por pocos días, va bajando la necesidad de escribir sobre el Campamento. Pero no voy a soltarlo hasta que se cumplan los siete días, a riesgo de que esto se convierta en un diario sin rumbo.

Ariel también me escribió. Sigue leyendo para su tesis sobre poesía, biopolítica y paisaje. «Si leo un artículo más, me vuelvo vegano».

Pasé dos horas charlando con Sara.

Marina me envió unos poemas.

Hace un rato, en el patio, dió vueltas un colibrí.

Estoy en la isla, en el centro de manzana.



¿Cómo se llamará el cuadro de Renzi? Es enorme, ocupa la mitad del salón. ¿Tendrá dos metros de largo? Rojos y naranjas fuertes, tiene un caballo y un soldado que lo galopa. Evidentemente es San Martín, pero si te acercás, su cara es una foto recortada de un diario, aunque no puedo descifrar la de quién.

El caballo tiene unos flecos de papel, sueltos, amarillos, en la cola, y en la cabeza un pelaje que lo cruza. Hay unas montañas al fondo. Tiene una fecha, 1984.

Es verdad, una no se cansa de mirarlo.

No me canso de mirar nada. El reflejo de mis pies en un espejo junto la escalera, los muchos cuadros que hay en la casa de María, las fotos de su abuela, de su mamá, de ¿sus primos?, una escultura de Ganesh: yo estuve el día en que se celebró su instalación.

El espacio profuso, el fondo de un mar.

Sentada en el escritorio, frente al ventanal del patio, estoy casi debajo de la sandalia. Otro filodendro, que trepó hacia lo alto y cuyas hojas me protegen.



El primer recuerdo que tengo de María. Hace más de diez años toqué timbre a la puerta de este pasillo. María —sus rulos, su voz de española— me dijo que el requisito para empezar Ashtanga era, en primer lugar, observar una clase. Vine al día siguiente. No me acuerdo bien qué vi. Empecé.



Al lado del escritorio, mientras leo sobre el pensamiento mestizo, la biblioteca de yoga. Los títulos que me llaman la atención:

*The sacred tradition of Yoga*

*The Hindu History*

*Yoga and Ayurveda*

*The Vision and the Way of Vasistha*

*Mahabarata*  
*Ginecología natural*  
*One simple thing*  
*Respira*



Me saco una foto subiendo las manos juntas hacia el techo, la cabeza echada hacia atrás, el pelo suelto, de perfil. Detrás, el ventanal. Me sentía libre en el salón.

Miro la foto, pero no me reconozco. Me llama la atención que mi cuerpo sea una línea. Estoy afuera, afuera de mi cuerpo. Afuera de mi cuerpo en esa foto.



«Ser joven resultó ser —resulta todavía— muchas cosas: una buena estrategia para una determinada posición ante el sistema literario, la excusa o si se quiere la coartada para una dinámica vanguardista (el juvenilismo como sinónimo de lo nuevo) e incluso la réplica justa para poder salir de la escena, haciendo *mutis* por el foro. En todos estos casos ser joven implica esa máscara y esa ubicación en un impreciso escenario (dentro o fuera de la ciudad, dentro o fuera de la casa). Ser poeta, al menos en los casos que ahora nos interesa estudiar, implica necesariamente la toma de conciencia de una puesta en situación».

«¿Cuál es ese rostro de joven poeta que siempre se pierde y siempre se reconstruye?».

«Esto quiere decir, en primer lugar, que no hay mirada exterior —no sirven aquí como prueba ni el éxito ni el reconocimiento literario— y que el joven poeta sólo puede descubrir su rostro poético mirándose a sí mismo, en su interior, reconociendo en sí mismo y por sí mismo esa necesidad que lo lleva a escribir. Esto quiere decir también, en segundo lugar, lo que es en cierto modo la contracara del mandato planteado por Rilke, que la clave de esa necesidad o destino del poeta se encuentra anclada en la juventud».

Sergio Delgado, «Retrato del joven poeta».



Sentada, escribiendo, se hizo de noche. Veo un fantasma. No lo veo, tengo miedo de mirarlo. Llevo mi pensamiento a otra parte. A la protección que me transmiten las fotos familiares de María.



En el fondo de una casa imaginaria, vivimos juntas, mi hermana y yo.

No es toda mi hermana ni soy toda yo, solo una parte de ella y una parte de mí, como las dos partes de un corazón. La tristeza de mi hermana y mi voracidad. El silencio de mi

hermana y mi ruido. Prendo la radio, organizo muebles, vacío y ordeno mi escritorio. Mi hermana me padece. No nos peleamos, simplemente nos entendemos poco. Mis actividades son casi públicas: copio letras de canciones, escribo diarios, dibujo tarjetas. Ella es prolija, buena en matemáticas y va a un grupo de ballet. Yo digo que no entiendo la danza porque los bailarines no hablan. Una vez le regalan un diario. Lo encuentro, lo abro. No hay nada escrito, salvo una primera página en la que se queja de mí, de lo que demoro en el baño.

Con el tiempo, su silencio se vuelve hacia dentro de mí. Apenas está ahí, nunca deja de estar ahí. No puedo no pensar en ella, aunque muchas veces me olvido de ella.

A medida que avanzo en el mundo,  
la tristeza de mi hermana lo abandona.



(No siempre fue igual. Cuando ella era muy chiquita jugaba con botones. Mi abuela juntaba en un frasco los que sobraban de la ropa. En algún momento llegó a coleccionarlos, exclusivamente para que mi hermana despliegue su juego, cuyas reglas nunca entendimos).



Esta mañana me desperté, de nuevo, apenas amaneció.

Soñé con María Fernanda. Le explicábamos a alguien los objetivos de nuestro recientemente aprobado proyecto de investigación grupal.

Era un extranjero.

Yo hablaba en inglés: «Comunist Poetry», «Eastern Archive».

¿Será que quiero viajar?



Escribir sobre la vuelta a casa. Marcela me envió un ensayo sobre Rubén Darío y su vuelta a Nicaragua. Su casa está afuera. León, la ciudad natal, al momento de regresar es vista como París o como Roma. Hay nostalgia del trópico, solo que lo que conduce a la nostalgia, es decir, lo que resta al cabo del regreso, no es el terruño sino una imagen exótica: los vasos de Deméter en donde se vuelca el mar.

Refinada y sutil, Marcela transmite un nudo complejo y no lo desentraña. Te deja el tejido, la literatura como deseo.



Se me ha cumplido una antigua fantasía  
convertirme en Wakefield por siete días



e irme de mi casa  
a la vuelta de mi casa.



«No hay duda de que la geografía y la historia imaginarias ayudan a que la mente intensifique el sentimiento íntimo que tiene de sí misma, dramatizando la distancia y la diferencia entre lo que está cerca de ella y lo que está lejos».

Edward Said, *Orientalismo*.



Esta mañana charlamos con Giulia. Está en París.

Por un instante, no sabría si en lo que dijo o en el tono en que lo dijo, escuché su felicidad. *Esa* felicidad, la que no se publica en redes, la que no tiene fotografía.

«Está buenísimo el lugar donde trabajo». Giulia, mi amiga Giulia, está siendo más Giulia que nunca. Le pregunté cómo le había ido en el viaje que hizo para Carnaval.

«Los alemanes son muy alemanes». «¿En qué sentido?». «Y, como que *es* el Carnaval y hay que pasar todos esos días de Carnaval y festejar y beber desde que te levantas hasta la noche». «Pero vos te fuiste a lo de un amigo, ¿él te obligaba a beber desde temprano?». «No, no. Sólo me dijo que me lleve disfraz». «¿Y de qué te disfrazaste?». «De *Jägerin*, de cazadora. Era muy tierno ese disfraz».

Giulia es tierna.

«Alemania, ¿en dónde?».

Y el asunto era Düsseldorf y el viaje por los carnavales por la zona de Köln y la de unos pueblitos muy chiquitos en los que los niños vendían salchichas en el garaje y todos andaban disfrazados.



Mi imagen de mí: pequeña, agradecida, protegida. ¿Está bien verme así de chiquita? ¿Por qué siento eso de mí? ¿Por qué el amor de quienes me rodean me haría ver indefensa?



El encierro es una sensación.

Recién me dieron muchas

muchas ganas de salir.



Juli me dice: «Iri, ¿y si salís a dar una vuelta cortita, sin acercarte a nadie?».

Le voy a hacer caso. Me parece que me estoy imponiendo unas reglas muy estrictas. «Te va a hacer bien. Yo te entiendo, es como en la pandemia, yo soy muy pata de perro».

Sí.

Me puse a trasplantar una calatea, que estaba en agua y María me pidió que lleve a una maceta.

Estoy con un exceso de reglas médicas, tal vez. Desde hace muchos meses. Con la operación, el postoperatorio. Después me fui de viaje y en la casa de mis papás me dio bronquitis, una tos imparable. Sin olfato por unos días, conjuntivitis. Un infierno.

Volví y empecé con esto, que es el cierre, el proceso final. Una burocracia de dietas, extracciones, inyecciones, yodo, aislamiento, caramelos para salivar, cuatro litros de agua por día.

Decidí llevarlo como un experimento, sabiéndolo pero sin saberlo, y ahora creo que tengo un Superyó enorme.

Super Mario.

Perdí el norte.



Me escribe mi mamá. Mi mamá es como ese personaje de la Hagadá de Pesaj: el que no sabe que no sabe, porque no sabe preguntar. Esa es mi mamá. O una de sus versiones. Desde hace años evito contarle algún problema o alguna debilidad. No a ella. No puedo pedirle contención, comprensión o ese tipo de amor. Con mi mamá hablo de decoración, de casas, de recetas de cocina y de ropa. Y ya saben, de películas de terror.

Pero esta mañana, me equivoqué. «¿Cómo estás?». «Hola mami, bien, un poco triste, ayer me dieron muchas ganas de salir».

«Me imagino, seguramente ya vas a estar bien para volver a tu casa».

Qué frase rara, ¿no?

¿Me imagino? No lo creo.

¿Seguramente? Subrayemos la duda.

¿Ya vas a estar bien?

No le hago caso.

Después, me pregunta por el análisis de sangre. Después, cuándo me dan el resultado. Después, cuándo vuelvo a mi casa. Después, «¿cómo hiciste para que te saquen sangre si tenés que estar aislada?».

Bueno, ahí me pudrí.

«Besos, mamá. No te enojés pero no sabés contenerme. No necesito tus preguntas».

Silencio.

Al fin.

Escribo todo esto y pienso que soy muy adolescente y pienso también qué me importa y pienso que me da culpa escribirlo y más si tuviera que mostrarlo a mis amigos y pienso, más aun, qué pavada, justamente no es el momento para enroscarte en un enojo con tu mamá y después lo escribo y lo

dejo porque no pasa nada, no tener la madre perfecta no es un error de nadie y es de lo más común.



Esa escena de *La habitación del hijo*, en la que Nanni Moretti maneja un auto en un plano secuencia. Desde el volante ve una bicicleta al costado, una luz cambiando el semáforo, un ómnibus que frena al doblar. La calle está en armonía, pero lo que el padre observa, a cada instante, es, en realidad, la inminencia de lo aleatorio.

Recordé la película poco antes de ir a la cirugía, aparentemente sencilla, debida a un nódulo que crecía en mi tiroi-des, como un hongo feliz. Como el título de ese libro de José Kozer: *Carece de causa*.

Me encanta ese título.



Hoy me llamó Julia. «Quería saber cómo estás, Iri, cómo lo estás llevando». Le cuento: emociones encontradas. Julia capta algo de mi divertimento o coincide conmigo o se lo imagina, tal vez, y me dice: «Es divertido chusmear las casas de los otros».

¡TAL CUAL!



«Hace una hora», le digo a Mariana, «que estoy pelando las hojitas de un mix de hierbas medicinales». Burrito, menta, boldo, cedrón.

Estuve toda la mañana tomando mate y poniendo las hojas en una cajita.

«Está bueno eso de hacer esas tareas repetitivas. Tienen, además, una textura».



«Pichona...», me dice Porrúa.

Siempre me dice así y me encanta. «Pichona... hacé lo que necesites».

Porru, la única persona a la que llamo por su apellido. Le copié el apodo a Moscardi (el otro) una vez que viajé a Mar del Plata. Moscardi decía: «Porru esto», «Porru lo otro». Y ahí me di cuenta. Le voy a decir Porru.

Muchas veces viajé a Mar del Plata y me quedé en la casa de Porru y otras veces viajé y me quedé en la casa de Moscardi.

En la casa que compartían con Lu Caamaño.

En esa casa, la primera vez que me quedé, conocí a Muslip. Que también paraba ahí.

Muslip debe ser la persona más graciosa que conozco.

Sin lugar a dudas.

Pienso en él y me dan ganas de reírme.

Muslip y Moscardi son un dúo fenomenal. Mientras uno te hace reír sin buscarlo, el otro va a contar chistes hasta que pidas por favor «¡Basta!» con lágrimas en los ojos.

Muslip, Moscardi y Caamaño te arman una *sit-com* en diez minutos.

Una *sit-com* más exitosa que *Seinfeld*, con un millón de temporadas.



Anoche tuve un sueño  
muy amoroso  
con Jimi



«Me gustaban las noches de campamento porque salía a caminar. En la noche te das cuenta de que no estás sola. Hay bichitos, animales de noche, luz de la luna. Desde chica me gustó despertarme a la noche. A veces, todavía, me levanto a la madrugada y doy algunas vueltas por mi casa. Me acuerdo de un campamento en un bosque. Se había armado una fiesta, como de garaje, y yo me fui, empecé a caminar sola. Me encontré con un chico que había tenido la misma idea. Y nos quedamos hablando, escuchando la música que venía de lejos».

Esto me contó Marina, recién, cuando le dije que estaba escribiendo el Campamento.



El clima de campamento.

En mi caso, siempre alerta. Al primer campamento al que fui —donde me mandaron, sin que yo tuviera ganas—, llevé una linterna prestada (¿por qué mis papás no tenían una? No sé). Había un juego planeado para la noche. Esos juegos como de grupos, banderas, fronteras. Por supuesto que me perdí. Por supuesto que no entendí las reglas. Me acuerdo de caminar de un lado a otro buscando gente. Pero con la linterna.



Años después viajé dos meses, a dedo y en carpa, por el Sur. Fue después del primer año de la facultad. Mis amigos del PAC (el Primer Año Común) estudiaban Antropología. No teníamos (no existían) los teléfonos celulares. Cuando llegábamos a un lugar, nos encontrábamos en el Centro Cívico o en el camping de algún parque. Fuimos desde Neuquén hasta Ushuaia. Nos bañábamos una vez por semana.

Una noche de campamento me di vuelta y vi a mi lado una vaca. Iluminada, blanca.



Te despertabas al amanecer, abrías la puerta de la carpa y veías el lago.



Acampé en Mar Azul. Acampé en la isla, enfrente de la Florida.



En el campamento estás un poco a la intemperie (el sol, la lluvia, el frío, el calor); un poco incómoda (el baño, la bolsa de dormir); y con lo mínimo (de ropa, de comida).

El mínimo de acompañamiento material, por más sofisticado que sea el camping, se compensa con el máximo de compañía grupal. Hay poca soledad en el campamento o, mejor dicho, la medida necesaria. Hay quien viaja sola o solo de campamento, pero son muy pocas personas, muy entrenadas. El campamento exige que otro te tenga la luz mientras cocinás, que alguien vaya con vos a buscar leña, que repartas el peso de las ollas o de las bolsas de polenta. En el campamento aprendí a lavar platos con agua fría, con un poco de barro. En el campamento hay exploración y fogata.

Ahora entiendo.

Así definiría mi vida —o, tal vez, algunos años de mi vida— hasta acá.



Mis primos y mis tíos vacacionaban siempre. No tenían plata, pero se iban de campamento.

Lo sabía porque con mis papás viajábamos muy poco, casi nada, porque no tenían plata para el hotel.



Le conté a Paula que estaba escribiendo *Campamento* y me recomendó una película. *Moonrise kingdom*, de Wes Anderson.



Hoy mientras almorzaba en el balcón de María, al lado de las plantas, me imaginé cómo sería si fuera mamá. No cómo sería si tuviera que aislarme, sino cómo sería yo enseñando a mover plantas de macetas. O hablando de campamentos. Hacía mucho tiempo que no me pasaba, pero esta vez no me entristecí. Casi me dio alegría. La energía de la infancia, los lugares a los que te puede llevar: eso observo en mis amigas madres. Una vez escribí un poema un poco enojada con la maternidad, con sus mandatos y sus ideales. Y ahora observo, esta vez, sí, como en una práctica meditativa, que el enojo dejó de estar. Y que ahora solamente imagino cómo sería o, mejor, cómo hubiera sido, y que la imaginación se parece a alguna de las muchas historias que me gusta imaginar.



Después de que escribí lo de Muslip, me escribió Muslip.  
Había pasado bastante tiempo sin contactarnos.  
Lo extraño.



En este momento, María Julia viaja en tren a Nueva York. Me envía, a pedido mío, una selección de fotos que incluye el Empire State y una muestra de tesoros de la Biblioteca Pública en la que hay ¡oh! un vestido que usó Isadora Duncan, junto a un afiche de Sarah Bernhardt and Company. De inmediato me vino el recuerdo de otro descubrimiento solitario. Una noche en la que por azar encontré *La bailarina*, una *biopic* sobre Loie Fuller y esa performance que inventaba, bailando sin saber, sin ser bailarina clásica. Sus brazos extendidos con maderas, como aspas de un molino, pero hacia arriba y abajo y girando, cubiertos por una tela blanca. Según la película, Isadora Duncan fue su alumna y su amante.

A la mañana siguiente que la vi, le mandé el link a Marce.

«¡Marce!».

Ya la conocía.

«Maravillosa».

Por esos días encontré un libro de Marie Bardet sobre ella y me enteré de que Fuller estuvo en Argentina. No recuerdo ahora el año, pero me parece que su gira incluyó varias ciudades.

Subo a la cocina a prepararme la merienda y veo sobre la mesa mi ejemplar de *Los raros*, que también lo traje. El murciélago grabado en la tapa, su cabeza de frente con las alas desplegadas en la edición *vintage* de WunderKammer, se parece a Loie Fuller.



¿Cómo terminará este texto?  
Mañana es mi último día.



Una casa se convierte en bosque. Puedo pensar que veo las plantas a través del ventanal o creer que ellas me miran, y que me van a saludar cuando me vaya.

Una hoja de la sandalía se abrió. Hace un par de noches escuché su crujido.



Las semanas previas a la operación fui todos los días a yoga. Un poco desesperada, como si tuviera que hacer algo que no podría después. Intentaba hacer sola un arco para atrás, sin que María me sostuviera. Porque si ella estaba al lado mío, me salía. Pero si no, me costaba mucho animarme a transitar en el aire esa milésima de segundo que va de la fuerza de los

pies a la de las manos. Hay que soltarse hasta el piso y confiar en que los brazos te van a sostener. («¡Animate siempre!», le dije a Sara. ¿Por qué no animarse, *un poco*? ¿Qué pasaría si nos hacemos un chichón o decimos ridiculeces?).



Por aquellos días también había empezado un taller sobre *Las transformaciones silenciosas*. Quería leerlo desde que estudiaba guitarra (mi profe, el Pika, te habla de Jullien mientras te enseña cómo dedicar el tiempo para cada cuerda).

A diferencia de Occidente, dice Jullien, el pensamiento chino puede captar las transiciones. Esos momentos en los que algo deja de ser, y dejándolo, abre el lugar a lo otro. La energía del pasaje. Cita la dificultad de Platón para pensar la nieve derritiéndose. (Y yo no puedo no imaginarlo, a Platón, en su isla, sentado al sol). Al acercarse el calor, la nieve dejará de existir. «Sin embargo», dice, «nosotros lo constatamos mirando por la ventana: apenas caída, o incluso cayendo, o incluso cuando se arremolina, ¿la nieve no está ya corrientemente —imperceptiblemente (pero interminablemente, se podría decir)— fundiéndose ante nuestros ojos?».

Mirar la nieve caer.

Más adelante Jullien trae metáforas de Lao-Tsé. Subrayo esto: *suspensión sincopada*. «Vacilante como quien anda sobre el hielo en invierno, indeciso como quien teme ser atacado por los cuatro costados». En el despliegue de un polo

responde la contracción del otro. En lo uno se derrama lo otro y no puede renovarse más que a través de él.



Anoche, después del día, después de leer y escribir y estar conectada, me puse a mirar la biblioteca de María. Está ordenada por colores, ya lo dije. La miré entera, evaluando qué implicancias arroja ese orden. En principio, que en los verdes esté Mario Benedetti al lado de Hermann Hesse, o en los rosas Margaret Atwood junto a Gabriela Saccone. Hay zonas especialmente fuertes de color, como el azul, el verde, el rojo, el naranja, el negro, el amarillo y otras más indiferentes, como los blancos y los grises.

Una biblioteca ordenada de este modo es necesariamente afectiva. La única manera en que puedas acordarte de un libro es que lo hayas tenido en tus manos, lo hayas tocado, recuerdes su lomo y su tapa. María como lectora corporal.



Soy la única espectadora de la belleza inmotivada de esta casa, sin más motivo que la disposición, la decisión de provocar un modo de mirar.



Más tarde, cuando no podía dormirme, continué la relectura de *Los años Aíra*, de Alberto, y encontré ¡la idea! para reseñarlo. Dice Alberto, en un paréntesis: «Tal vez esta sea una buena definición de la amistad: disposición para escuchar generosamente». La historia del libro es la historia de una amistad, es decir, de una escucha mutua entre la crítica y la literatura, a lo largo del tiempo, bajo una «ambigüedad entrañable».

Una escucha que atraviesa las vidas de ambos, pero a la vez —y como hace Alberto con todas sus cosas—, que nos queda para nosotros, sus estudiantes de Rosario.



Ahora que es mi última noche me vino a la memoria el último fin de semana antes del Campamento.

Antes de todo. Rafa y Laura, recientemente llegados de Santa Fe, nos invitaron a cenar a su nuevo hogar rosarino.

Rosarinísimo: Córdoba y San Martín.

Por la ventana, la «Fiesta de las peatonales». Un discjockey pasaba Vilma Palma e Vampiros. Todavía hacía calor.

Laura me dio un dato sorprendente. Existen unos caramelos hechos para salivar que venden en las farmacias (y eso solucionaba mi preocupación por la prescripción de comer caramelos ácidos, porque ¿cuántos caramelos me bancaría comer?). Después no los busqué, no me hicieron falta.

Pasada la tormenta, recuerdo y observo con ternura el modo en que Laura escuchó mi obsesión.





Este libro está dedicado a mis amigos del Campamento. Fueron días de soledad, llenos de gente.

María di Masso, Vicky Figueroa, Andrés Palavecino, Jimi Gonella, Bea Suárez, Edgardo Haimovich, Marcela Zanin, Giulia Luisetti, Silvia Fischman, Daniel Braier, Julieta Yelin, Rafael Arce, Laura Romero, María Julia Rossi, Judith Podlubne, Mariana Catalin, Ismael García, María Fernanda Alle, Julia Musitano, Martín Prieto, Marina Maggi, Mariano Margarit, Pablo Farneda, Paula Galansky, Alberto Giordano, Ana Porrúa, Matías Moscardi, Eduardo Muslip, Ariel Aguirre, Sara Bosoer, Bernardo Orge, Marcos Ramos, Mercedes Halfon.



## IRINA GARBATZKY

Irina Garbatzky (Rosario, 1980). Profesora en la Universidad Nacional de Rosario e investigadora del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas de Argentina (CONICET).

Es autora de *Los ochenta recién vivos. Poesía y performance en el Río de la Plata* (Beatriz Viterbo, 2013, reeditado en 2015 y 2021), *Expansiones. Literatura en el campo del arte* (Yo soy Gilda, 2013), *Mínimo teatral* (junto a María Fernanda Pinta, Libretto, 2021), *Nuestros años ochenta* (junto a Javier Gasparri, CETYCLI-FHUMYAR, 2021), *El prisma de Elba Bairon. Dibujos para Emeterio Cerro* (junto a Francisco Lemus, Ivan Rosado, 2022) y *Puntuaciones sensibles. Figuras de la poesía latinoamericana* (junto a Ana Porrúa, Ignacio Iriarte y Matías Moscardi, Bulk editores, 2022).

Como poeta y narradora publicó *Movimientos imposibles* (Eveling, 2003), *Huesitos* (Tropofonía, 2013), *Casa en el agua* (Bokeh, 2016), *El entrenamiento de la mente* (Ivan Rosado, 2020) y *Medio metro cuadrado de coexistencia* (Ombú Bonsai, 2013).

## Contenido

Campamento.....5

Sobre la autora.....43



Este libro,  
tanto en su versión impresa como digital,  
se terminó de componer en Ñuñoa, Santiago de Chile,  
en las oficinas de  
**bulk** editores  
el 29 de febrero de 2024.

Para el interior,  
se utilizó la tipografía EB Garamond  
(de Georg Duffner)  
en sus tres variantes principales (12 / 17)  
y la familia IM Fell DW Pica  
(de Iginio Marini),  
que también aparece en la portada.  
Los *dingbats* o glifos son de la tipografía Winter Leaf,  
de Pian45 (Indonesia).



una idea,  
un fragmento,  
una lista,  
unos versos,  
un texto que no termina  
y sin embargo empieza,  
un gesto,  
un resplandor, un decir,  
algo inconcluso  
que habla

Ñuñoa • Santiago de Chile  
2024

ISBN 978-956-6162-14-8



9 789566 116214 8